

Agosto

Efemérides

El reloj de la Naturaleza por L. M. Arce

2011 SEMANA 33  
LUNES

15

Nuestra Señora de la Asunción, del Mar, de Begoña, de los Remedios y de la Paloma.

**Sucedió en Asturias. 1976.** En Gijón, en el teatro de la Universidad Laboral, tiene lugar un homenaje póstumo al productor cinematográfico Jesús Rubiera. **1991.** Fallece a los 77 años Eduardo Herrera, «Herrerita», considerado como el mejor futbolista asturiano de la

historia. Nacido en Gijón el 5 de julio de 1914, comenzó y finalizó su vida jugando en el Sporting, aunque sus años de gloria los pasó en el Oviedo. **2006.** El periodista Carlos Luis Álvarez, «Cándido», fallece de madrugada de un cáncer de colon, a los 78 años.

**Viboreznos**

Comienza la temporada de partos de la víbora cantábrica, la única especie de esta familia de ofidios venenosos presente en Asturias. Las hembras, que habitualmente se reproducen sólo en años alternos, alumbran entre tres y diez viboreznos, dependiendo del tamaño y de la edad de la madre.



Una víbora cantábrica.

## Jovellanos, retrato de las melancolías de España

La obra en la que Goya immortalizó al gijonés es la primera foto que se hizo de un alma

Luis MEANA

En 1621 un raro «scholar» británico, de nombre Robert Burton, «rara avis» de las más diversas ciencias y sabueso que, como él mismo confiesa, gustaba ladrar y levantar las aves del conocimiento, escribió, nada menos que desde el Christ Church College de la eminentísima Universidad de Oxford, que es algo más que Oviedo, un libro extraño y de largas repercusiones. Lo tituló «Anatomía de la melancolía». Tema que se había convertido en moda, pues se escribieron entonces bastantes anatomías: anatomía del chiste, anatomía del papismo, anatomía de la inmortalidad. En su obra, este bibliófilo semieremita trataba de analizar la bilis negra de la melancolía. Lo que no deja de ser significativo: un mundo enfermo convierte a la melancolía en su metáfora.

Bastantes decenios antes, en 1514, hizo Durero una famosísima representación de la melancolía que se convirtió casi en su imagen canónica. La melancolía aparece luciendo ya el sello del espíritu dotado: dolencia propia del intelecto capaz de la más alta contemplación, del más alto conocimiento y de la más alta creación. Pero faltaban aún casi tres siglos para que se lograra la más grande, dulce, conmovedora y hermosa representación que se haya hecho nunca de la melancolía. La pintó Goya con los ojos, las manos y el semblante de un milagro insólito de Gijón, don Gaspar Melchor de Jovellanos. Ese cuadro es la primera foto que se hizo de un alma. No es sólo el retrato más melancólico de nuestra historia, es la imagen misma de la melancolía. Su representación más perfecta. Que eso ocurra con un hijo de Gijón no es, creo, casualidad ni coincidencia. Pocos lugares hay en el mundo más melancólicos que Gijón. Y la melancolía sólo cuando es marítima es excelsa.

Esa melancolía del cuadro la determinan una triste mirada, una mano que hace de columna de una cabizbaja cabeza, y un pálido aire desilusionado. El cuadro está dominado por unos ojos que hacen

de luminarias del cerebro. Ojos limpios como cristales. Juveniles a pesar de la edad. Tristes pero en paz con su propia conciencia. Ojos que trasladan exquisiteces al alma. Ojos hechos para mirar divinidades, aunque hayan visto demasiadas miserias. Ojos que han servido a la verdad como esclavos. Ojos de compasión. Ojos de mar. Ojos que tienen en su pupila a Gijón, su consuelo.

La cara es angélica. De alma grande. Nunca una cara reveló tanto un alma. Acierta Menéndez Pelayo: «alma heroica y hermosísima, quizá la más hermosa de la España moderna». Boca de muchos silencios. Boca contrariada, como si se estuviese mordiendo ella misma la lengua. Boca hastiada de mezquindades. Y de tragar amarguras, las de Jovellanos (Somoza). Pero que, en su rictus serio, insinúa una sonrisa que recuerda a la de la Gioconda.

Al rostro lo sostiene una poderosa mano izquierda, casi de labriego, incluso algo desproporcionada. Mano de trabajador infatigable. Mano hecha para ser timón. De destinos propios y ajenos. Mano gemela de aquella mano izquierda de Lessing, gran ilustrado alemán, coetáneo de don Gaspar, desconocido para él, creo, pero con semejanzas. Fue la mano de Lessing quien esculpió la frase más jovellanista que se haya escrito nunca, y que se convertiría en una de las más emblemáticas de la época: «Si Dios tuviese guardada en su cerrada mano derecha toda la verdad y, en su izquierda, guardase solamente el ansia permanente de verdad, y me dijese, incluso advirtiéndome de que puedo equivocarme para siempre, ¡jelige!, yo me dirigiría con la mayor sumisión a su mano izquierda y le diría: dame esa, padre, que la verdad pura solamente es para ti». Esa es, precisamente, la mano izquierda de Jovellanos. La esclava de la verdad. Frente a ella, desmerece, casi, la derecha. Mano casi fémica en el cuadro, mano de orfebre de la lengua, que, en su modestia, lo era.

Se habla, en la exposición conmemorativa de Gijón, de la luz de Jovellanos. Es un dogmatizado tópico conectar luz e Ilustración. Brota ahí un vicio francés. La pomposidad gala gusta llamar a la Ilustración siglo de las luces. Como si no hubieran existido otros siglos de luz. Prepotencia propia de un siglo que tuvo de soberbia más que de luz, de convulsión más que de razón. En esto es mucho más adecuada la etiqueta alemana: el «Esclarecimiento». Porque de eso se trataba, de clarificar la estructura conceptual y el funcionamiento del conocimiento.



Retrato de Goya a Jovellanos propiedad del Museo del Prado.

### La mirada melancólica de Jovellanos anticipa una de las primeras transiciones fallidas contemporáneas

Tiene, por lo demás, la Ilustración muy diversas luces. Fundamentalmente dos contrapuestas: una luz explosiva de entusiasmo y fe casi ciega en la condición humana, y otra luz descreída y escéptica. Seguramente más verdadera. Como mostró aquel rayo de Hume que despertó a Kant de su sueño dogmático. Sorprendentemente, en quien mejor reverberan en España esas dos luces es en Jovellanos. Y más curioso todavía: las dos reverberaciones fueron pintadas por Goya.

La explosiva luz de optimismo brilla en el primer retrato que le hace Goya a Jovellanos. Pintado en nuestro mismo seno materno, en el arenal de San Lorenzo, reluce allí, en su juvenil inocencia, en un entorno de olas, barcos, mercancías y comercio, la confianza, la seguridad, el espíritu ingenuamente altivo de una época que se considera hija predilecta de la Razón y del Progreso. Todo en la figura de Jovellanos es apostura crédula, naciente y confiada. Más que persona, Jovellanos es en ese cuadro el arquetipo perfecto del gentilhomme ilustrado, un pelín petimetre. Exaltación de una Razón a cuya ley, según formuló Diderot, «todo ha de someterse».

Pero a esa luz le falta su sombra. La pintó el mismo Goya unos quince años más tarde, aunque parece que hubiesen transcurrido cien. El gran sueño de la Razón ha resultado una quimera: de ese seguro gentilhomme no quedan más que desilu-

siones y tragedias. El hombre enhiesto dominador de arenas y de barcos está ahora melancólicamente reclinado sobre su mesa. Aquel hombre seguro es ahora el vivo retrato de la melancolía. Y una diosa, cual enfermera, le vigila y atiende. En sus ojos tristes se anuncian las peores tragedias. Tragedias personales y tragedias de España. No es que a Jovellanos le haya entrado la bilis negra de Burton. Es que está acercándose el más duro tránsito: el tránsito fracasado a la modernidad de España. Es lo que pinta, quizá sin saberlo, Goya. De ahí a las pinturas negras hay sólo un paso: entonces se cumplirá todo lo insinuado en ese prodigioso retrato. La mirada melancólica de Jovellanos anticipa una de las primeras transiciones fallidas contemporáneas. De las que hemos tenido varias.

Pero lo más relevante no es lo pintado, sino lo que no se ve en el cuadro: la mediocridad gigantesca y megacéfala. En la mirada triste de Jovellanos se trasluce su desengaño ante la inagotable mediocridad de los infinitos mediocres de España. Para entender del todo ese cuadro hay que contraponerlo a otro: el de Godoy, de Carnicerero. El llamado Príncipe de la Paz —«príncipe infernal de la oscuridad» lo llamó Nelson— rodeado de libros que ni mira ni comprende, y de la pluma que desprecia, salvo para convertirla en espada. Cubierto de medallas como de su propio estiércol. Gordo y contento de sus propios regüeldos. Retrato de un buey satisfecho. Allí está pintado el demérito frente al mérito, el favor frente al esfuerzo, las artimañas frente a la obra esmerada. El héroe cívico frente al «parvenu» salido del favor de una vagina y una cama. O sea, la incompetencia secular, clamorosa y siempre autosatisfecha de España. Raíz principal de la amargura y de las tragedias de Jovellanos.

Y, una vez más, se pone en mar-

cha el eterno carrusel de la patria. Como tantas otras veces, vuelve el héroe a convertirse en apestado. O la repetición de la historia del Cid siglos más tarde. De nuevo, polvo, sudor y lágrimas. Si Díaz de Vivar es el gran arquetipo español del héroe guerrero medieval, Jovellanos es el gran arquetipo del héroe cívico de la europeidad española. Pero, como a Mio Cid, también a él se le premia con un destierro de apestado por los caminos de la patria hasta aherrarlo en Mallorca. Con pena de traición para quien le dé de comer o de beber, para quien ose dirigirle la palabra. La misma vesania siglos más tarde. Otra vez el «oh!, qué buen vasallo si hubiera buen señor».

No es decente olvidarse aquí de Gijón, Oviedo y Asturias. Porque a este gran ejemplo de ciudadano, recibido en Gijón un 6 de agosto como si fuera Cristo en Domingo de Ramos, entre fuegos, fiestas y campanas, algunos «espúreos españoles» o judas asturianos lo habían echado unos años antes, con delaciones, silencios y vilezas, a uno de los destierros más vergonzosos de la historia de España. Sólo la mediocridad de los mediocres es capaz de caer tan bajo. Y de perseverar en envidias tan vesánicas. Lo odiaron con la misma intensidad con la que Lucifer odia a su Creador. Con odio eterno. Con lo que se cumple otra ley muy hispánica: la intensidad del odio envidioso de los mediocres suele ser proporcional a la pureza, nobleza y excelencia del odiado. Sólo un espíritu tan limpio y crédulo, sólo un hombre tan veraz, sólo un hombre tan desinteresado puede desatar esos odios tan ilimitados. Ni siquiera el buen nombre le respetaron: «Sintiéndome ya viejo y previendo que voy a entrar en una época turbulenta y peligrosa..., el temor de que acabe mi vida hace más vivo en mí el deseo de buen nombre... pues quiero que aunque no me den opinión de sabio ni de elocuente, me la darán de bien y honrado español y esto me basta».

Es Jovellanos un hombre muy por encima de España. Y al que ni Gijón ni España han honrado bastante. Los deméritos de otros son responsabilidad ajena. Pero los nuestros hay que pagarlos. Espíritu prístino de Gijón. Hombre que llevó a lo gijonés a su cénit. Gijón encarnado. Amó Jovellanos a muchas cosas más que a sí mismo. Pero a cuatro las amó por encima de todas: a la verdad, al deber, a su familia, y a su patria. Curiosamente, las cuatro confluían para él en dos palabras: Gijón y España. Nunca nadie amó tanto a Gijón ni a Asturias. Moriría como nació, en la lejana melancolía de la mar, en Puerto de Vega, balbuciendo cuatro frases entrecortadas: «mi sobrino... Junta Central... La Francia... Nación sin cabeza. ¡Desdichado de mí!». Cierzo. De «esta honra principal de España» podríamos decir hoy nosotros lo que Mirabeau dijo, en medio de la Revolución, de sí mismo: «me estoy muriendo, amigo mío, agonizando como en un fuego lento... Cuando me haya ido se darán cuenta de cuál era mi valía. Las miserias que yo he contenido estallarán en todos los rincones de Francia». Y así fue. Y así sigue siendo con las continuas décadas ominosas de España.

